

PAPA FRANCISCO
con Fabio Marchese Ragona

VIDA

Mi historia a través de la Historia

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley.
Diríjase a CEDRO si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.
www.conlicencia.com - Tels.: 91 702 19 70 / 93 272 04 47

Editado por HarperCollins Ibérica, S. A.
Avenida de Burgos, 8B - Planta 18
28036 Madrid

Vida. Mi historia a través de la Historia
Título original: Life. La mia storia nella Storia
© 2024 HarperCollins Italia S.p.A., Milano
© 2024 Fabio Marchese Ragona
Publicado originalmente en italiano en 2024 con el título:
Life. La mia storia nella Storia.
Papa Francesco con Fabio Marchese Ragona
All rights reserved.
Publicado en colaboración con Delia Agenzia Letteraria
© 2024, de la traducción, Ana Romeral Moreno
© 2024, para esta edición HarperCollins Ibérica, S. A.

Todos los derechos están reservados, incluidos los de reproducción total o parcial en cualquier formato o soporte.

Diseño de cubierta: Marcello Dolcini
Diseño de la maqueta: Netphilo Publishing, Milano
Maquetación: MT Color & Diseño, S. L.
Fotografía de portada: © Vatican Media

ISBN: 978-84-10021-94-5

Impreso en Argentina por: Arcángel Maggio

CONTENIDO

Introducción	9
Capítulo I: El inicio de la Segunda Guerra Mundial	13
Capítulo II: El Holocausto	29
Capítulo III: Las bombas atómicas y el final de la guerra	45
Capítulo IV: La Guerra Fría y el macartismo	61
Capítulo V: La llegada a la Luna	83
Capítulo VI: El golpe de Videla en Argentina	97
Capítulo VII: La mano de Dios	115
Capítulo VIII: La caída del Muro de Berlín	131
Capítulo IX: El nacimiento de la Unión Europea	147

Capítulo X: Los ataques terroristas del 11 de septiembre	167
Capítulo XI: La gran recesión económica	183
Capítulo XII: La dimisión de Benedicto XVI	203
Capítulo XIII: La pandemia del COVID-19	227
Capítulo XIV: Una historia por escribir	247
Acerca de los autores	266
Referencias bibliográficas	267

INTRODUCCIÓN

Aprendamos de la Historia, sobre todo de sus páginas negras, para no volver a cometer los errores del pasado. El papa Francisco ha repetido este llamado numerosas veces en los últimos tiempos, destacando el gran papel que desempeña la memoria en la vida de todo ser humano, al punto de ser su marco máspreciado. Debemos aprender historia estudiándola en los libros, por supuesto, pero también de la voz de aquellas personas que vivieron momentos inolvidables, para bien o para mal; de quienes tuvieron una larga vida; de quienes encontraron al Señor en innumerables sucesos de su existencia y pueden dar testimonio de lo que vieron.

En el libro del Éxodo, capítulo 10, versículo 2, Dios invita a Moisés a realizar señales y prodigios delante del faraón «para que puedas contar y grabar en la memoria». El objetivo, naturalmente, es sorprender y convencer al rey de Egipto, pero también cultivar la memoria de su pueblo, al transmitirle su conocimiento de Dios, que el creyente revela al narrar su propia vida.

Con esto, aquellos que cuentan una historia prestarán un servicio a quienes tienen sed de conocimiento y advertirán, sobre todo a las personas más jóvenes, de lo que podría esperarles a lo largo del camino: contar lo que fue para entender mejor lo que será.

No es casualidad que, en su mensaje para la Jornada Mundial de las Comunicaciones Sociales de 2020, el papa destacara que los humanos somos seres narradores, que «desde la infancia tenemos hambre de historias como tenemos hambre de alimentos. Ya sean en forma de cuentos, de novelas, de películas, de canciones, de noticias..., las historias influyen en nuestra vida, aunque no seamos conscientes de ello».

El libro que tienen en sus manos nace precisamente con la intención de contar la historia mediante una historia: los hechos más importantes del siglo xx y de los primeros años del xxi en la voz de un testigo especial, el papa Francisco, que con gran amabilidad ha aceptado hacer un recorrido por su vida a través de acontecimientos que han marcado a la humanidad.

Vida vio la luz tras una serie de conversaciones entre el pontífice, a quien dedico mi mayor y más sentido agradecimiento por la confianza que, una vez más, ha depositado en mi persona, y quien escribe. En estos diálogos, Francisco abrió su corazón y sus recuerdos para enviar un mensaje contundente acerca de temas fundamentales como la fe, la familia, la pobreza, el diálogo interreligioso, el deporte, el progreso científico y la paz, entre muchos otros. Desde el estallido de la Segunda Guerra Mundial en 1939, cuando el futuro pontífice tenía casi tres años, hasta nuestros días, Jorge Mario Bergoglio lleva de la mano a sus lectoras y lectores, y los acompaña con sus recuerdos en un viaje extraordinario a través de varias décadas para repasar las etapas más significativas de nuestro tiempo.

¿Dónde se encontraba el joven Jorge en 1969 mientras el mundo seguía la crónica de la llegada a la Luna? ¿Qué estaba haciendo el cardenal Bergoglio cuando, en 2001, los Estados Unidos sufrieron el ataque terrorista al World Trade Center?

Desde su mirada personal, el pontífice recuerda los años del Holocausto, el bombardeo atómico sobre Hiroshima y Nagasaki, el golpe de Videla en Argentina, la caída del Muro de Berlín, la gran recesión económica, la dimisión del papa Benedicto XVI... Estos acontecimientos se entrecruzan con la vida del «papa popular», que, de manera excepcional, abre el baúl de sus recuerdos y, con la sinceridad que lo caracteriza, relata aquellos momentos que cambiaron el mundo y su vida.

La voz del pontífice se alterna con la de un narrador que en cada capítulo reconstruye con detalle fragmentos de la vida cotidiana del futuro papa Francisco, con el fin de contextualizar sus palabras y describir el escenario histórico en el cual estas se integran.

«Nuestra vida es el “libro” más valioso que se nos ha entregado», dijo el pontífice durante un ciclo de catequesis que tuvo lugar en 2022, dedicado al tema del discernimiento, «un libro que muchos lamentablemente no leen, o lo hacen demasiado tarde, antes de morir. Y, sin embargo, precisamente en ese libro se encuentra lo que se busca inútilmente por otras vías. [...] Podemos preguntarnos: ¿yo he contado mi vida a alguien alguna vez? [...] Se trata de una de las formas de comunicación más hermosas e íntimas, contar la propia vida. Esto permite descubrir cosas desconocidas hasta ese momento, pequeñas y sencillas, pero, como dice el Evangelio, es precisamente de las cosas pequeñas que nacen las cosas grandes».

Y así, hojeando de nuevo las páginas de ese preciado libro que es la vida, el papa Francisco nos conducirá por un sendero de emociones,

alegrías y penas; una ventana al pasado que nos permitirá conocer mejor nuestro presente. Hasta el último capítulo, con una historia que está aún por escribir.

Fabio Marchese Ragona

I

EL INICIO DE LA
SEGUNDA GUERRA MUNDIAL

La radio emite, como todas las mañanas, el boletín con las últimas noticias. Mario Bergoglio tiene la costumbre de encenderla antes de irse a trabajar, mientras prepara el café en la pequeña cocina. El suelo sigue algo húmedo; su mujer, Regina, pasó el trapo de piso aprovechando un pequeño momento de tranquilidad. El aroma y el sabor de esa bebida oscura y humeante hacen que Mario se acuerde de Italia y de su infancia en Portacomaro, cerca de Asti; algo similar a lo que le pasaba a Marcel Proust en Por el camino de Swann, quien al mojar una magdalena en el té recordaba su infancia junto a la tía Léonie. Aquel recuerdo de Mario, tan íntimo como nostálgico, se ve perturbado por el llanto del pequeño Oscar, su segundo hijo, que no le da tregua al barrio entero.

En el noticiero de las siete, como ruido de fondo, se escuchan sobre todo noticias de política; hay una nueva declaración del presidente Roberto Ortiz relacionada con la Comisión Especial Investigadora de Actividades Antiargentinas, que será creada en aquellos años

con el objetivo de «desnazificar» el país; durante el día se esperan nuevos altercados con el movimiento obrero, organizados por la Confederación General del Trabajo. En aquel septiembre de 1939, en las principales ciudades de Argentina se viven sentimientos enfrentados: el Tercer Reich ha logrado infiltrarse en algunos grupúsculos de la sociedad, incluso en algunas radios, y, a veces, difunden mensajes que celebran la grandeza de la Alemania de Adolf Hitler.

Tras beberse rápidamente el café y antes de salir de aquella casita colorada, el nido familiar construido en el número 531 de calle Membrillar en el barrio de Flores, Mario se despide con un beso de su Regina, que, entre tanto, ha tomado en brazos al pequeño de un año y ocho meses para tranquilizarlo. El otro niño de la joven pareja, Jorge, de casi tres años, está listo para salir; en unos minutos llegará la abuela Rosa, la madre de Mario, que vive a escasos metros de allí, para llevárselo a su casa, donde el pequeño pasará el día. La tradición que se repite casi a diario: es una forma de echar una mano a su nuera, presa de las mil tareas del hogar y, sobre todo, ocupada cuidando a Oscar.

Después de darles también un beso a los chicos y ya cerca de la puerta junto a su mujer, en un raro momento de silencio de repente Mario se sobresalta por una noticia que dan en la radio, comunicada entre las actualizaciones de política internacional: el primer ministro británico Neville Chamberlain anuncia que su nación está en guerra con la Alemania nazi; su ultimátum, presentado pocas horas antes en respuesta a la invasión y a los bombardeos de Polonia por parte de la Wehrmacht, ha caído en el olvido.

Es el inicio de la Segunda Guerra Mundial. Pero esto, sobre todo en Sudamérica, todavía no se ha notado. Para Argentina, es una noticia

como cualquier otra difundida casi al final de la transmisión, antes de la pausa musical; sin embargo, en contra de lo que cabría esperar, conmocionó a esta pareja de italoargentinos. Su primer pensamiento se dirige a los primos y demás parientes que viven en Europa, al tiempo que les asalta el recuerdo de las terribles historias que han oído mil veces sobre la Primera Guerra Mundial, en la que el padre de Mario, Giovanni, luchó en el frente. Estos instantes de tristeza y preocupación se desvanecen a los pocos segundos. Dos golpes en la puerta asestados con vigor: ha llegado la abuela Rosa y ese ruido repentino ha hecho que por fin Oscar se calle, para alegría de todos. Al ver entrar a la abuela, Jorge corre hacia ella para que lo alce en brazos.

¡Qué gran mujer, la quería tanto! Mi abuela paterna fue una figura fundamental en mi desarrollo y en mi formación. Vivía a menos de cincuenta metros de nuestra casa y me pasaba días enteros con ella. Me dejaba jugar, me cantaba canciones de cuando era joven y, a menudo, la oía discutir con el abuelo en piamontés, por lo que tuve el privilegio de conocer y aprender la lengua de sus recuerdos. Si tenía que salir, la acompañaba a casa de las vecinas, con las que hablaba largo y tendido bebiendo mate, o a hacer diligencias por el barrio. A la noche, me llevaba de regreso a casa de mamá y de papá, no sin antes haberme hecho rezar mis oraciones. De hecho, fue ella la que me dio el primer anuncio cristiano, la que me enseñó a rezar y la que me habló esa gran figura que aún no conocía: Jesús.

No es casualidad que mis padrinos de bautismo fueran precisamente mi abuela Rosa y el abuelo Francesco, el abuelo materno. El que me bautizó y me administró el primer sacramento fue don Enrico Pozzoli, un buen misionero salesiano, originario de la provincia de Lodi, en Lombardía, al que el abuelo Giovanni había conocido en Turín. Fue también él quien casó a mis padres. Papá y mamá se conocieron en el Oratorio Salesiano de Argentina y, desde entonces, don Enrico se convirtió en una figura fundamental para nuestra familia y, más adelante, para mi vocación sacerdotal.

Volviendo a mis ratos con la abuela, en aquel momento yo tenía casi tres años, era realmente chico y por eso no me resulta fácil revivir esos días de 1939, cuando la maldad humana hizo estallar la Segunda Guerra Mundial. Tengo como *flashes* de momentos de nuestro día a día: en casa, la radio era un constante ruido de fondo; la encendía papá desde por la mañana y con mamá escuchaban la radio estatal, que en aquella época se llamaba Estación de Radiodifusión del Estado (LRA 1). También estaban Radio Belgrano y Radio Rivadavia, y todas emitían diariamente boletines de noticias sobre el conflicto. Mamá la sintonizaba hasta los sábados a la tarde, a partir de las dos, para hacer que los niños escuchásemos la ópera. Me acuerdo de que, antes de que empezara, nos contaba un poco la trama. Cuando había un aria especialmente hermosa o un momento clave de la historia, intentaba que prestásemos atención. Tengo que reconocer que nos distraíamos seguido, ¡al fin y al cabo éramos chicos! Por ejemplo, durante el *Otelo*

de Verdi, mamá nos decía: «Escuchen con atención, ¡ahora mata a Desdémona en la cama!». Y nosotros nos quedábamos callados, curiosos por oír lo que pasaba.

Volviendo al tema de la guerra, en nuestra tierra ese ambiente siniestro no se percibía tanto porque estábamos muy alejados del resto del mundo, donde estaba decidiéndose el destino de la humanidad. Pero puedo decir que, a diferencia de muchos otros argentinos, yo conocí la Segunda Guerra Mundial porque en casa se hablaba de ella; desde Italia llegaban, aunque fuera con un retraso de casi un mes, las cartas «abiertas» de nuestros familiares donde nos contaban lo que estaba pasando. Eran ellos los que nos proporcionaban noticias de la guerra en Europa. Uso la palabra *abiertas* porque el correo era interceptado por las autoridades militares: leían las cartas y luego las volvían a cerrar, y en el sobre estampaban un sello con la palabra CENSURA. Recuerdo que mamá, papá y la abuela leían en voz alta estas historias que, por supuesto, se me quedaron grabadas. En una de estas cartas nos comunicaban, por ejemplo, que a la mañana algunas mujeres que ellos conocían del pueblo iban a Bricco Marmorito, no muy lejos de Portacomaro Stazione, para comprobar si estaban llegando tropas; sus maridos no habían ido a la guerra, se habían quedado en Bricco para trabajar y eso, obviamente, no estaba permitido. Si las mujeres se hubieran puesto algo rojo, entonces los hombres habrían tenido que salir corriendo a esconderse. En cambio, la ropa blanca indicaba que no había patrullas en los alrededores y que, por tanto, los hombres podían seguir trabajando.